

res y se hartaban los tigres en competencias de muerte. Baste decir, para mostrar esta verdad, que según cuenta Gigli, en la elección anterior al nombramiento de Urbano VIII, allá por 1623, cometiéronse muchas muertes en las calles de Roma y rodaron muchos cadáveres por las ondas del Tiber. Y en verdad, para probar que este Cónclave ha sido el más libre de los Cónclaves, y esta elección la más regular de las elecciones, no necesitamos subir al tiempo de los güelfos y gibelinos; de los blancos y los negros; del cautiverio de Avignon; del cisma de Occidente, en que Pedro de Luna fulminaba sus rayos desde el solitario castillo de Peñíscola, y Juan XXIII se esquivaba disfrazado de cochero al Concilio de Constanza, y Eugenio IV dejaba á Roma en una barca de pescador, apedreada desde las orillas por los ribereños del Tiber, y Félix V, después de abdicar su corona de Saboya, tomaba la tiara de los Papas en vida de su mismo antecesor; no necesitamos evocar todo esto, porque nos basta una elección de nuestro tiempo, la elección de 1830, el nombramiento de Gregorio XVI, en que todas las pasiones se mezclan, y todas las intrigas se agitan, y todas las maniobras se emplean, y el rey de Nápoles mueve sus tropas hacia la frontera, y el príncipe de Metternich manda á las suyas pasar el Po, y Luis Felipe amenaza con desembarcar en Ancona, y á la puerta misma del Cónclave, en medio de terribles detonaciones, se prende á veintisiete personas comprometidas en una conjuración tenebrosa con objeto de matar á los cardenales; y el Cónclave, reunido á primeros de Diciembre, no termina hasta fines de Enero; y el Austria excluye al cardenal Opizzoni, y Francia al cardenal Machi, y España al cardenal Giustiniani, que muere, según dice un autor, de pena antes de terminada la elección; y en cuanto el nuevo Papa se corona, estalla la guerra civil á la vista de Roma, se subleva la Rumania y caen prisioneros en aquellas sublevaciones dos hombres que luego tuvieron bien varios destinos en la historia, Orsini y Napoleón; accidentes

que os refiero para demostraros cuan terrible fué la elección de un Papa-rey, á vosotros que habeis visto cuán tranquila ha sido la elección de Papa, el cual ni brilla ni brillará con la corona.

Señor Presidente, si S. S. me concediera cinco minutos de descanso, mientras encienden se lo agradecería infinito.

El Sr. **Presidente:** Se suspende esta discusión.

Eran las seis menos cuarto.

Continuando la sesión á las seis, dijo

El Sr. **Presidente:** El Sr. Castelar sigue en el uso de la palabra.

El Sr. **Castelar:** Señores diputados, yo no estoy en los secretos de los dioses, ni sé, por consecuencia, lo que ha pasado en el Cónclave, ni se lo he preguntado al señor ministro de Estado ni siquiera en nuestras conversaciones particulares, ni se lo he preguntado mucho menos al señor presidente del Consejo de ministros; pero yo sé, y si no lo sé, que me desmientan, yo sé que ese Gobierno ha tenido una gran influencia en la elección del Papa. Para esto son los Parlamentos, para que se sepa la verdad. Yo sé repito, sin haberlo preguntado á ninguno de los señores ministros, que los cardenales españoles y una parte de los cardenales influidos por los españoles, han designado á monseñor Franchi para la altísima dignidad pontificia. Yo digo más: yo creo que han hecho perfectamente, porque, según recuerdos de mi Gobierno, monseñor Franchi es un cardenal de sentimientos españoles. Sabemos también, que no habiendo podido obtener mayoría el cardenal Franchi, él mismo y los cardenales españoles han votado, frente á frente de otras tendencias que no quiero calificar, han votado al cardenal Pecci; por consecuencia, según mis noticias, com-

pletamente extraoficiales, el Gobierno español ha tenido una grande influencia en la elección de Papa.

Interrumpi mi discurso en el momento en que trataba del enlace que tiene la cuestión pontificia con todas las cuestiones europeas y especialmente con las cuestiones de Oriente. Decía yo que, para llegar á esa reconciliación entre el Oriente y el Occidente, necesitábase de ciertos principios y al mismo tiempo necesitábase satisfacer ciertos agravios. Decía yo que para hacer prevalecer este principio y para satisfacer ciertos agravios, necesitábase sobre todo restañar las heridas de algunos pueblos y conseguir que el Pontificado no persistiera en el proceder observado durante los últimos tiempos.

¡Señores diputados! ¡Qué relación tan extraordinaria y tan misteriosa hay en la historia entre estas dos ciudades: Roma y Constantinopla! Muchas rivales de Roma se levantaron en el mundo antiguo. Fué rival de Roma Cartago en la esfera de las armas, del comercio, de los intereses; fué rival de Roma Alejandria en la esfera de las ciencias y de las ideas. Para que se vea, señores, el paralelismo que hay entre la historia antigua y la moderna, observad que Alejandria es la ciudad de las ideas, y Roma es en el mundo antiguo la ciudad de las leyes. Y se funda Constantinopla por un emperador cristiano, en el momento mismo en que, manifiesta la invencible resistencia de Roma al cristianismo, de ninguna manera renunciaba á sus leyes, á sus dioses, á sus instituciones; porque la Ciudad Eterna había sido templo inviolable de la idea pagana. Se funda por Constantino Constantinopla, que tiene el ministerio cristiano por excelencia, y teniendo el ministerio cristiano por excelencia, esta ciudad representa lo mismo, exactamente lo mismo que Alejandria en el mundo antiguo.

Es decir, en Constantinopla se desarrolla todo el cristianismo teológico y en Roma todo el cristianismo canónico. Roma es la ciudad esencial de los jurisconsultos religiosos en el mundo moderno, y Constantinopla es la ciudad de los

teólogos y filósofos. Sigue el paralelismo, y cuando los Papas no tienen poder temporal y están sometidos á los Exarcas de Constantinopla, Roma y Constantinopla creen en lo mismo; y cuando el poder temporal de los Papas se establece, estallan las grandes discordias que por último vienen y crear el cisma de Oriente; y cuando en el seno de la Iglesia se desarrolla la democracia que anula la autoridad central, Constantinopla viene á reconciliarse con Roma bajo las bóvedas de Santa María de Florencia; y cuando se modifica el poder pontificio, porque se ha retirado aquella gran democracia, y comienza la autoridad absoluta de los Papas, cae Constantinopla bajo la cimitarra de los turcos; y hoy, separado completamente el Pontificado de su poder temporal, Constantinopla vuelve moralmente á poder de los cristianos.

Y, señores, ¿qué es necesario hacer en la situación en que nos encontramos? Es necesario conseguir por todos los medios que tiene la opinión para influir sobre la conciencia pública, que el Pontificado se quede en su ministerio espiritual y religioso. No, no hay medio alguno de combinar la Iglesia con el Estado, como se ha querido en los últimos tiempos, no hay medio alguno. Si quereis sostenerla en equilibrio, viene pronto una discordia confirmada por toda la historia. Si quereis reducir la Iglesia á ser una sierva del Estado, la Iglesia se convierte pronto en una burocracia, en una oficina más, en una especie de Ministerio de Policía, en lo que fué en el antiguo imperio de Bizancio y en lo que es hoy en el imperio ruso. Si quereis someter el Estado á la Iglesia, como la Iglesia siempre se ha sostenido embebida en las cuestiones eternas y en eternos intereses, descuida al Estado y sucede como sucedió en los Estados Pontificios. El Papa no puede ser ni reaccionario ni liberal. Gregorio XVI demostró cómo no es posible que un Papa sea reaccionario sin herirse á sí mismo, porque al nacer la Constitución belga, producto de un pueblo católico que se levantaba sobre un pueblo protestante, tuvo que maldecir

esa Constitución. Y Pío IX ha demostrado que los Papas no pueden ser, no deben ser, ni demócratas, ni liberales, ni republicanos.

Jamás, señores, pudo en ocasión más propicia presentarse un Papa ante el mundo. El gran publicista, autor del ensayo sobre *La indiferencia religiosa*, había maldecido á los reyes con maldiciones dignas de resonar en Ninive y en Babilonia; el gran filósofo, autor del *Primado*, acababa de soñar con la supremacía de Italia sobre todas las naciones, y la supremacía del Pontificado sobre Italia, á fin de traer un Papa que la Providencia reservaba en su seno, y que debiera ser el Gregorio VII y el Inocencio III de la libertad; esperanzas mesiánicas agitaban todos los corazones, como aquellas surgidas al nacimiento de Cristo; y en crisis tan suprema, sobre las aras rotas, sobre los sepulcros vacíos, bajo la rotonda de San Pedro, semejante á un astro posado sobre la tierra, aparece la blanca figura de Pío IX, que abre sus brazos como el Redentor en la cruz, llamando á su seno á los oprimidos, espectáculo nunca visto, que inspira á la Iglesia palabras como las pronunciadas por la Virgen-Madre en el *Magnificat*, al sentir el Verbo en sus entrañas; á los liberales el renacimiento de su fe religiosa, y á los mazínianos el apego á la unión de las tradiciones gúelfas con las tradiciones católicas, y de las tradiciones católicas con las tradiciones republicanas; y al héroe de América y de Italia, á la vuelta del Nuevo Mundo, á confesarse y comulgar, como un héroe de las Cruzadas, antes de emprender sus nuevas hazañas; y así de un extremo á otro de Europa los rueblos opresos se levantan, los Faraones de tiranía caen, los Moisés de la revolución surgen, y van los esclavos á pedir sus derechos, seguros de que serán ethéreos como la luz del cielo y santos como las bendiciones de Dios. (*Aplausos.*)

Y sin embargo, señores, ¡qué desencanto tan grande! Un día, Italia pide al Pontífice que la condujera contra los austriacos, y el Pontífice, se negó. Y tuvo razón el Pontífice, porque era imposible que el Padre de todos los fieles

condujera á los ejércitos ni predicara la matanza. Y entonces el pueblo italiano tuvo razón también contra el Pontífice, porque dijo: ¿qué institución es esta, que no me sirve para lo primero que necesitan los pueblos, para defenderse de sus enemigos y de sus agresores exteriores? Y entonces resultó lo que no podía menos de resultar, la contradicción completa, absoluta, entre el poder temporal y el poder espiritual de los Papas. Esta contradicción resulta en la conciencia tarde ó temprano, esta contradicción se realiza en el espacio; así es, señores, que yo debo repetirlo aun á riesgo de molestaros, cuánto nos ha consolado á los que hace quince años sosteníamos la ineffectividad del poder temporal para sostener el poder espiritual de la Iglesia, cuánto nos ha consolado el ver que este interregno, el más temido, ha sido el más sereno, y que este Cónclave, el más amenazado, ha sido también el más tranquilo y el más seguro.

Sin nuestras observaciones, sin nuestras protestas, porque nosotros estamos resueltos á respetar todas las creencias religiosas cuando son sinceras, vosotros habeis dirigido un telegrama al Papa, telegrama que ha resultado por unanimidad de la Cámara. Aunque no estaba presente, yo ninguna observación dirijo á esto, yo no quebranto tal unanimidad; pero creo interpretar el sentimiento de la Cámara, y conseguir unanimidad análoga, si levantando ahora la voz, yo, el más humilde de todos los diputados, me dirijo al reino de Italia, me dirijo al Gobierno de Italia, me dirijo al Parlamento de Italia y les digo que todos estamos unánimes en admirarle como le admiramos su serenidad en esta crisis, que todos tenemos confianza que en la Roma libre, capital del pueblo italiano libre, la libertad más respetada será la santa libertad de la Iglesia y la seguridad de su Pontífice. (*El Sr. Pidal pide la palabra.*)

¡Ah, señores! yo no quiero que el Pontífice sea demócrata, que el Pontífice sea liberal, que el Pontífice sea republicano; no queráis vosotros tampoco que el Pontífice sea reaccionario, que el Pontífice sea monár-

quico, que el Pontífice sea absolutista. (*El Sr. Pidal: Que sea libre.*)

Eso queremos todos, que sea libre, que la santa libertad del espíritu se vea á salvo de los obstáculos insuperables opuestos por el poder temporal. Si el Papa fuese liberal, vendría un cisma; si el Papa fuese reaccionario, vendría la descatoización de Europa. Sea solamente Papa, y cumplirá su ministerio religioso. ¿Qué es la religión, aun considerada bajo el punto de vista humano? ¿Qué ha de ser la religión, sino un contrapeso del espiritualismo á las tendencias demasiado industriales, demasiado políticas, demasiado materiales de nuestro siglo? Yo compadezco á los que creen que la religión puede ser un instrumento reaccionario; pero compadezco mucho más á los que creen que puede desaparecer, que debe desaparecer toda religión. ¡Qué error tan profundo, que craso error es este! Mientras el hombre esté sometido á las leyes del Universo y forme parte integrante de la naturaleza material, estará sometido á la ley de la gravedad como el último de los átomos; mientras lata un corazón en su seno, vivirá del sentimiento y tendrá que establecer en el sentimiento su hogar y su familia; mientras brille la fantasía en sus facultades, levantará el edén del arte sobre las asperezas de la realidad; mientras tenga el atributo del raciocinio, tendrá la ciencia entre sus obras; mientras se reconozca débil se reconocerá social, y mientras se reconozca social tendrá que pedir á un Estado la seguridad de su derecho: por lo mismo, mientras le aquejen ciertas necesidades sin satisfacción posible aquí en la tierra; y sienta una sed que todos los ríos del mundo no podrán extinguir, la sed de lo infinito; y le desasosiegue una ambición que todos los mundos no podrían llenar, la ambición de lo ideal; y contemple el espectáculo de la injusticia vencedora y de la justicia vencida, que todas las argumentaciones del mundo no pueden explicar satisfactoriamente en su conciencia; y mientras haya, tras cada esperanza un desengaño, tras cada ilusión un des-

encanto, tras cada deseo satisfecho un hastío seguro, y no pueda explicarse que una paletada de tierra equivalga al cerebro cuya bóveda ha sopesado las ideas y cuya frente ha iluminado los siglos, como la piedra busca el centro de gravedad, el alma buscará como azulada nube de incienso el centro de lo eterno; y allí sus lágrimas se dulcificarán como se dulcifica el agua del Océano al evaporarse en la inmensidad de los cielos (*aplausos*); y se armonizarán todas sus contradicciones en Dios; que con su aliento aviva la naturaleza, con su providencia rige la historia, con su vida vence á la muerte, y con su luz llena la inmensidad de lo eterno y los insondables abismos del humano espíritu. (*Ruidosos aplausos.*) Los que amais la religión, no la separeis de la libertad; los que amais la libertad, no la separeis de la religión. Y entro en la última parte de mi discurso.

Al entrar en la cuestión interior, mis primeras palabras son para la cuestión de Cuba. Nada se nos ha comunicado oficialmente, pero todo indica que la guerra ha concluido. Yo no puedo menos de decir que para mí ha sido siempre un artículo de política renunciar á todo dominio material de la América que tuvimos en otro tiempo y conservar el dominio de las colonias. Yo he sostenido en Cámaras muy radicales, con aplauso unánime de todos los diputados, que esas grandes islas que rodean el continente americano, pero que no forman parte de él, deben existir como intermedio necesario y conveniente en sus relaciones con Europa. Y yo he sostenido más: yo he sostenido que la tierra que descubrió América merece tener la isla más hermosa de todos los mares del mundo. Muchas veces he dicho: ¿cómo Italia que tiene tantas glorias, no tiene gloria ninguna en América, á pesar de haberle dado su nombre? Pues no la tiene, porque Dios la castigó por haber desoído el genio de un hijo suyo, el genio de Colón.

Así como la base de nuestro derecho es el derecho romano; así como el origen de nuestra habla es el habla latina; así como la capital de nuestra religión es la Ciudad

Eterna; así como los pueblos del Occidente de Europa no pueden desasirse moralmente de Roma, los pueblos occidentales del planeta no pueden moralmente desasirse de España: que desde el río de San Lorenzo hasta la Tierra del Fuego se extiende una serie de recuerdos históricos, más fuertes que las capas geológicas; y en el mar de las Antillas todavía brilla la estela abierta por la carabela de Colón; y en las costas de Méjico aún humea el incendio de las naves de Cortés; y cuando el Amazonas desagua en el mar, todavía murmura el nombre de Orellana; y cuando el Missisipi gime bajo el peso de las máquinas, todavía habla de Fernando de Soto que tiene altares en el Capitolio de Washington; y entre las nieves y los volcanes de los Andes se ven las sombras de los compañeros de Pizarro; y en las constelaciones australes se lee el nombre de Magallanes; pues podían juntarse el Océano Pacífico y el Océano Atlántico para sumergir á América, y sobre las aguas desiertas flotaría como el espíritu de Dios el genio de nuestra España. (*Aplausos.*)

Pero, señores, no lo olvidéis; vosotros habeis rematado la obra; y nosotros os damos nuestros aplausos y os decimos que no envidiamos esa gloria, porque las glorias de los españoles son glorias de toda España; pero debemos deciros una cosa, y es, que es necesario reconocer cómo en esta parte ha sido unánime el sentimiento nacional. Gobiernos avanzados se sentaron en ese banco, Gobiernos de ideas radicales; ninguno de ellos hizo nada que pudiera mermar la integridad de nuestra patria. Un recuerdo para aquellos Gobiernos que ante tantas dificultades opuestas por los dos genios, el genio de la utopía antigua y el genio de la utopía moderna, mandaban refuerzos á la isla de Cuba: un recuerdo para los que evitaron mil veces la declaración de beligerantes en Congresos opuestos por sus intereses á nuestros Congresos: un recuerdo para los que abolieron la esclavitud en Puerto Rico, que vosotros habeis presentado en el primer discurso de la Corona

como uno de los timbres mayores de nuestros tiempos: un recuerdo, señores, para los que nos libertaron de la catástrofe del *Virginus* y evitaron una nueva guerra á nuestra desolada patria. Y con estos recuerdos, hareis, al mismo tiempo que una obra de justicia, una obra de reconciliación y de apaciguamiento. Y ya que estoy aquí, debo deciros que nosotros no haremos lo que hicieron ciertos partidos á quienes no quiero aludir; que nosotros no enconaremos de ninguna manera la cuestión de Cuba; que podeis pactar lo que querais, sin que de aquí venga ninguna protesta; que podeis ser tan patriotas como querais; es más, que podeis pactar la reconciliación de aquellos colonos, para que no sea una excepción oscura y nebulosas en el mar de las Antillas la más luminosa de todas las islas, la isla de Cuba.

Señores, ¿qué demuestra el triunfo de Cuba? Demuestra que la nación es liberal, demuestra que la nación ha conservado su antigua perseverancia. ¿Y qué necesitan las naciones grandes, señores diputados? Las naciones grandes necesitan gobernarse á si mismas. ¿Qué os pido yo en este discurso, para concluir resumiéndole, porque he cansado por mucho tiempo vuestra atención y no quiero de ninguna manera fatigaros? ¿Qué os voy á pedir? Las libertades necesarias para que se realice el gobierno de la nación por la nación misma.

El hombre eminente, porque sobre sus talentos no hay más que una opinión dentro y fuera de España, el hombre eminente que dirige ese Gobierno, se encuentra en una situación muy crítica. Él pudo dejar que la restauración llegara á sus últimos términos, restableciera la Constitución de 1845, extinguiese la libertad religiosa y fuera verdaderamente una restauración. El señor presidente del Consejo, al encargarse del gobierno, representó en aquel momento todo lo que la restauración podía hacer. Si él se hubiera quedado fuera del gobierno, si él hubiera dejado, y en esto ni le aplaudo ni le combato, si él hubiera dejado que los

antiguos moderados hubieran venido con su Rey, al cual conservaron una fidelidad inquebrantable, el señor presidente del Consejo sería hoy una esperanza de libertad. Puede ser que yo hubiera tenido la satisfacción, que grande hubiera sido para mí amistad, puede ser que yo hubiera tenido la satisfacción de votarle aquí muchas veces como presidente de la Cámara, y el dolor de verle vencido. Pero el señor presidente del Consejo ha representado ya toda la reacción posible dentro de la restauración; el señor presidente del Consejo, por consecuencia, es hoy una garantía de los elementos conservadores, pero no es ni puede ser una esperanza de los elementos liberales. Y digo esto desde las alturas imparciales y serenas en que he querido colocar todo mi discurso.

Pues bien; ¿qué es lo que la nación pide por el flujo y reflujo de las opiniones y de los acontecimientos? La nación pide, la nación necesita, la nación exige un Gobierno más liberal. Y si no le quereis dar á la nación un Gobierno más liberal, si creéis que vosotros podéis representar aún la libertad; dadnos la libertad. Un día, un hombre eminente se levantó en un Congreso vecino y pidió las libertades necesarias; el presidente de aquel Consejo le dijo: «ahora esa barca está encallada en la arena; nunca, jamás, mientras exista Francia, volverá esa barca á flotar sobre las aguas,» y el viejo se levantó, y por una especie de iluminación, dijo: «yo soy el primero que desea que esa barca no flote; pero me temo mucho que la hagan flotar vuestros errores, y sobre todo la privación de las libertades necesarias.» Y en efecto, el diluvio vino, y en aquella arca de Noé se salvó la libertad, la República y la Francia. Nosotros no tenemos en nuestras manos, no podemos tenerla, la suerte de las naciones y el enigma del porvenir; pero lo que sí tenemos y podemos tener es el dar á la nación el gobierno de sí misma.

¿Qué necesita España para darse el gobierno de sí misma? Necesita dos clases de libertades: las libertades que yo

llamaré intelectuales y las libertades que yo llamaré políticas. Las libertades intelectuales son las siguientes: libertad de conciencia, libertad de enseñanza, libertad de imprenta. ¿Creéis que tenemos libertad de conciencia? Desde luego la vuestra es un retroceso: cuando veis un atentado, lo condenáis con circulares, y luego teneis, permitidme que os lo diga, teneis cierto afecto, y sino afecto, cierta transacción, cierta consideración con elementos que aquí se levantaron en armas contra la libertad religiosa.

Mucho se ha declamado porque se ha visto á dos personificaciones de dos ideas opuestas unidas bajo un mismo techo. Yo no declamaré, porque acostumbro á respetar siempre la desgracia; pero los que se extrañaban de ver que se habían olvidado Bilbao y Gadesa, los que creían que ciertas víctimas y ciertos mártires habían de presentarse como la sombra del Comendador en el banquete, ¿cómo no veían que ese Gobierno tiene proscritos á ciertos catedráticos, tiene proscritos á ciertos patriotas, mientras ha recompensado á aquellos que cubrieron de ruinas, no hace mucho tiempo, todos los extremos de la Península?

A la libertad religiosa hay que unir la libertad de imprenta para que se forme la libertad de conciencia, y hay que unir la libertad más necesaria, la libertad más indispensable, la que yo os pido con más insistencia, la libertad electoral. ¡Pues qué! ¿Es posible que exista gobierno constitucional con estas prácticas electorales? ¿Es posible que no bastando el gobernador, especie de prefecto romano, y el alcalde, dependiente del gobernador, y el estanquero, dependiente del alcalde, se haya hecho lo que se hizo en esa acta de Barcelona, que tantas veces he reclamado, que fué, entrar los militares con camillas, con sacerdotes y cirujanos, á arrojar á los electores y nombrar al candidato del Gobierno? ¡Ah! Tenemos temperamento revolucionario, porque tenemos temperamento absolutista, y tenemos temperamento revolucionario porque no te-

nemos libertad electoral. Yo la reclamo como garantía de todas, y para eso pido, ó bien una política más liberal que la de ese Gobierno, ó bien un Gobierno más liberal que ese Gobierno, porque lo que aquí sucede es que en el seno de las urnas se cometen ciertas infidelidades que demuestran cómo está debilitada esta mayoría, y eso es, no por otra cosa, sino porque no se sabe quién ha de disolver estas Cortes. Si cada diputado tuviera seguro su distrito, si contara con sus electores, le importaría poco que este ó el otro ministro fuera el encargado de dirigir las elecciones, porque él estaba seguro de ser nombrado por el voto de sus conciudadanos.

Así no podemos continuar: nunca como ahora se debe ensayar la política liberal. Los partidos liberales han ensayado siempre esa política en medio de la revolución, que es lo más antiliberal que conozco en el mundo. Para ensayarla con éxito se necesita la paz y el orden; se necesita que sepamos si quereis darnos la libertad vosotros que nos combatís, y es necesario que sepamos si este pueblo puede soportarla; porque este pueblo que no ha respirado en estos tres últimos años, si el día en que viniera un Gobierno más liberal se levantara en armas, sería indigno de la libertad. Y es preciso, es indispensable que os aprovecheis de la situación en que están los partidos, del estado de los ánimos, de los crecimientos de la conciencia pública, para establecer la libertad.

En cuanto á nosotros, hemos cambiado de método: á las catástrofes, preferimos las evoluciones más lentas, pero más seguras: nuestro ideal está resumido así: fines radicales y procedimientos conservadores.

Queremos un Gobierno fuerte dentro de las leyes, puesto á servicio completamente del espíritu moderno. El año 48 la democracia europea pedía la unidad de Alemania, la independencia de Italia, la autonomía de Hungría, mayores libertades para Austria, la república en Francia, y no pudo con seguirlo en aquella tempestad de las ideas y en aquel

huracán de las pasiones. Pero luego ha cambiado el método: al método de Kossut ha sustituido el de Deack; al método de Schurs, el método de Bismarck; al método de Mazzini, el método de Cavour; al método de Ledru-Rollin, el método de Thiers; y la democracia triunfa en todas partes.

¿Qué se han hecho los antiguos poderes? La vetusta Rusia manumite pueblos enteros, emancipa esclavos, y suena por todas partes la trompeta de la revolución. El Austria sale de la Confederación Germánica, como Juliano salió del imperio romano, y reconoce la victoria de la democracia, como Juliano reconoció la victoria del humilde galileo. La libertad reina del uno al otro extremo de Italia; la unidad moderna preside los destinos de Alemania: reina, gobierna, ejerce todo género de eficacia en todas partes el espíritu moderno: la república es definitiva, progresiva y conservadora en Francia. Dad vosotros á este pueblo los medios liberales, y restablecerá el sufragio universal; y veremos la majestad del pueblo en el jurado; y se emancipará la iglesia; y los comicios serán soberanos; y la imprenta será libre, y todos veremos una democracia perenne sin reacciones, y una paz perpetua sin zozobras. He dicho.